

POSIBILIDADES PROFETICAS DE LA IGLESIA EN CENTRO AMERICA

(Conferencia dictada por César Jerez en la Universidad de
Nôtre Dame, el 24 de marzo de 1987).

Introducción

El tema que me han pedido discutir en esta celebración del Séptimo Aniversario del asesinato del Arzobispo Romero, está inextricablemente relacionado con la vida y muerte de este extraordinario pastor de la Iglesia. La realidad centroamericana y más concretamente el giro crítico en la historia de El Salvador, durante el cual Oscar Romero fue llamado a servir a la Iglesia como Arzobispo, le proporcionó las posibilidades de un ministerio profético. El punto de partida de la profecía bíblica es siempre el clamor del pueblo. Las condiciones de deshumanización, el sufrimiento extremo causado por la injusticia y opresión sin nombre, por la crueldad atroz inflingida a seres humanos para sembrar el terror entre ellos y mantenerlos sumisos, encuentran su camino hacia un corazón que está profunda e incondicionalmente comprometido con la voluntad de Dios.

El Dios bíblico es aquel que escucha el clamor del pueblo. Y el pueblo clama cuando el designio de vida de Dios para todos los seres humanos se ve claramente frustrado por un orden perverso creado y mantenido por otros seres humanos injustos. El designio de vida de Dios no puede ser llevado a cabo sino por aquellos que se tratan entre sí como iguales, como verdaderos hermanos y hermanas. Cuando la agitación de un pueblo, maltratado por la desigualdad y tratado como enemigo por otros, se deja sentir, entonces se hacen presentes las posibilidades de una profecía bíblica y cristiana. Sin lugar a dudas, el Arzobispo Romero se vio confrontado con esta agitación del pueblo de Dios en El Salvador, durante

la noche del 12 de marzo de 1977. En la tarde de ese día había sido asesinado el Padre Rutilio Grande, jesuita y pastor de la parroquia católica de Aguilares y El Paisnal. La tormenta provocada por el amargo conflicto surgido entre los poderosos terratenientes, productores de caña de azúcar y sus colonos, había atrapado al Padre Grande.

El método de evangelización emprendido por él era fiel a los lineamientos de los obispos latinoamericanos, señalados en Medellín en 1968. Este método incluía la participación de campesinos adultos en la evangelización de sus propias comunidades y en la organización de una red de líderes religiosos laicos. La lectura del Evangelio en el contexto de depravación y de opresión, así como la asistencia a cursos sobre liderazgo, tuvieron un efecto rápido en cambiar en la mente de los campesinos el modo de entender lo religioso.

Se fue forjando en ellos sobre todo la convicción de que seguir a Jesucristo significaba tomar en serio las Bienaventuranzas y empezar a trabajar para que el cumplimiento de las promesas escatológicas de Dios se vieran incorporadas en la historia misma. Los campesinos de la parroquia del Padre Grande empezaron a crear una organización social para exigir su participación, no sólo en asuntos eclesiásticos, sino también en la conformación de la economía y de la política de su país. Los poderosos y acaudalados terratenientes percibían al Padre Grande como un líder popular peligroso que buscaba minar el orden establecido, cuya legitimidad religiosa era considerada como uno de sus principales pilares. Esa percepción condujo a que se desatara una venenosa propaganda en contra del Padre Grande y los jesuitas, y finalmente al asesinato del primero. Cuando sus restos mortales eran velados en la Iglesia parroquial de Aguilares, miles de campesinos permanecieron en la Iglesia y sus alrededores, rindiendo tributo a su pastor martirizado. Las manifestaciones de pesar y el testimonio de fe y esperanza del pueblo, afectaron profundamente al Arzobispo Romero, quien se encontraba presente entre la multitud. La sangre derramada del Padre Grande y la visión de los miles de campesinos apesadados, pero profundamente esperanzados, marcaron un cambio de corazón que lo llevaría a un ministerio profético, cuyo costo sería su misma vida.

Los tres años de Romero en el Arzobispado de San Salvador, constituyeron para la Iglesia el punto cumbre del ejercicio jerárquico de sus posibilidades proféticas en Centro América. El mensaje profético del Arzobispado tuvo una audiencia increíblemente amplia cada domingo a través de sus homilías radiadas que mantenían la atención de amplios sectores del pueblo. Los gestos proféticos del Arzobispo -principalmente el valiente desafío de autoridades injustas y el constante desenmascaramiento de mentiras oficiales- fueron ampliamente conocidos en El Salvador y en otras partes del mundo, y sus palabras proféticas llegaron a ser tan relevantes como no lo habían llegado a ser las de ningún otro pastor de la Iglesia en Centro América.

Sin embargo, otros sectores de la Iglesia, del pueblo de Dios, han hecho uso también de las posibilidades proféticas abiertas a la Iglesia en Centro América. Las madres cristianas de aquellos caídos o desaparecidos o mantenidos en prisión a causa de su lucha por la justicia han mantenido la memoria profética de sus hijos y han denunciado la afrenta hecha a Dios y a la humanidad en el derramamiento de su sangre. Agencias cristianas para la protección de los Derechos Humanos y para la ayuda legal a los que se encuentran en prisión o bajo hostigamiento policial han desafiado todos los intentos para silenciar sus denuncias. La clara opción preferencial por los pobres, de muchos sacerdotes, religiosas y religiosos ha señalado proféticamente las prioridades del trabajo pastoral en países brutalmente azotados por la injusticia. Son más de 24 los sacerdotes, religiosas y religiosos asesinados por los escuadrones de la muerte del gobierno simplemente por ser fieles a la opción preferencial por los pobres. Sobre todo, hay miles de cristianos laicos que han sido masacrados o forzados al exilio o a buscar refugio o desplazados por la violencia de la represión a causa de su compromiso con la justicia. Ellos son colectivamente un moderno "siervo de Yahvé" cuyas heridas e indescritible sufrimiento, así como su firmeza y valor, constituyen una "señal" en medio del pueblo, una "luz de las naciones". Todos ellos han pasado por una terrible "noche del espíritu" y su fe se ha visto fortalecida después de haber tenido que soportar la visión de tanta deshumanización.

Con este trasfondo, el tópico que se me asignó adquiere toda su fuerza. Hablaré sobre esto con modestia y seriedad. Precisamente los rasgos que más llaman la atención de la Iglesia centroamericana, cuando en algunas regiones del mundo se oye su voz profética, son su pobreza y su reducido tamaño.

Enfocaré el tema dividiéndolo en tres partes para mayor claridad, tratando al mismo tiempo de no diluir la complejidad de los aspectos teológicos que vayan surgiendo.

1. El punto de partida del papel profético de la Iglesia centroamericana en la actualidad: los rasgos fundamentales de la realidad centroamericana.
 2. Las posibilidades proféticas de la Iglesia centroamericana hoy.
 3. La vida y la muerte a la luz de la fe.
-
1. **El punto de partida de la profecía eclesial en Centro América: los rasgos fundamentales de la realidad centroamericana.**

Un huracán de guerra está barriendo todos los rasgos de vida en Centro América. En los últimos diez años han muerto más de 150.000 (ciento cincuenta mil) personas, víctimas de este terrible conflicto. En términos comparativos con la población de los Estados Unidos, dado el número de habitantes que tiene Centro América, si los Estados Unidos se hubieran visto afectados por una guerra similar, sus muertos llegarían al millón y medio aproximadamente. El conflicto centroamericano, sin embargo, se mantiene oculto en la periferia del mundo industrializado por la forma en que se lleva a cabo la guerra: como "conflictos de baja intensidad", lo cual quiere decir que se efectúan acciones militares reducidas en términos de personal militar estadounidense involucrado; los que mueren son centroamericanos aun cuando el armamento, los instrumentos de muerte y el entrenamiento de tropas contrainsurgentes son financiados con fondos de los Estados Unidos. La ausencia de víctimas norteamericanas permite que la guerra se prolongue sin que ésta asuma proporciones inaceptables para el electorado político de la Administración Reagan. La prolongación indefini-

da de la guerra es el rasgo más trágico y de mayor impacto en la realidad actual centroamericana. La guerra se ha ensañado principalmente con El Salvador y Nicaragua. También hay guerra en Guatemala, aunque la cruel represión de los años 82 y 83 la ha confinado temporalmente a regiones aisladas del país. En Honduras el desarrollo de la guerra es mínimo, e inexistente en Costa Rica; pero el proceso de militarización ha convertido al primero en una retaguardia y plataforma de lanzamiento para la guerra que se lleva a cabo en contra del gobierno sandinista y ha amenazado la tradición pacífica del segundo.

La guerra tiene sus raíces en un largo proceso de lucha en contra del carácter de explotación, opresión y manipulación cultural sobre el que está fundada la sociedad centroamericana y también en la rebelión progresiva en contra de la supremacía geopolítica de los Estados Unidos sobre la soberanía nacional de nuestros países. No hubo medios pacíficos que no se probaran y agotaran, antes de que una porción mayoritaria del pueblo llegara a la dolorosa conclusión de que la lucha armada era la única vía abierta para lograr la dignidad y el bienestar de la mayoría. La justicia social, la participación política, la dignidad cultural y la liberación nacional, constituyen, pues, los justos objetivos de este proceso revolucionario. Tanto los orígenes revolucionarios norteamericanos como los valores morales cristianos en cuanto a la legitimidad de la rebelión en contra de una tiranía, deberían ayudar a superar todos los obstáculos posibles para comprender las justas razones de una revolución en Centro América.

La transformación de los Estados Unidos en una de las naciones más poderosas del mundo, con intereses geo-estratégicos de dominación sobre las llamadas esferas de influencia, la concepción errónea de lo que es una preocupación razonable por la seguridad externa de los Estados Unidos, el atribuir a la infiltración e inspiración soviéticas casi todos los conflictos del Tercer Mundo, y la subsiguiente desinformación sobre las condiciones centroamericanas, han llevado a los Estados Unidos a oponerse de manera intransigente a los procesos revolucionarios de Centro América. Los resultados han sido catastróficos. La crisis secular de las condiciones de vida materiales y espirituales de la mayoría de los centroamericanos

se ha agudizado considerablemente.

Todos los esfuerzos diplomáticos para resolver el conflicto y todo recurso a las leyes internacionales se encuentran paralizados o desatendidos. El énfasis se ha puesto en las acciones militares, ya sea bajo el pretexto de proteger al gobierno democrático de El Salvador (el cual en la actualidad está empeñado en un intento anti-democrático e indiscriminado de eliminar por la fuerza a la oposición revolucionaria, la cual es considerable); o con la excusa de presionar a un gobierno totalitario para que acepte negociar cuando toda señal apunta al hecho de que este gobierno, calificado de totalitario, goza del apoyo de la gran mayoría de su pueblo -los nicaragüenses-. El capitalismo internacional, modelo que ha fracasado en proporcionar bienestar económico en Centro América, continúa minando las perspectivas de desarrollo de nuestros países por las fluctuaciones erráticas en el mercado mundial de nuestras exportaciones, por el intercambio desigual del valor de nuestros productos en comparación con los productos industriales de los países desarrollados, por el permanente bajo nivel de nuestra tecnología, por la reducción de las tasas de inversión de nuestra iniciativa privada orientada hacia la exportación y la fuga de capital interno de inversión y, más recientemente, por la carga insoportable que representa nuestra deuda externa. La guerra, sin embargo, ha tenido otros ominosos efectos en nuestras economías. Una parte desproporcionada de nuestros presupuestos nacionales se ha destinado a la defensa. El subsidio externo de economías de guerra amenaza con convertir a nuestros países en nuevas colonias o, por lo menos, en protectorados de hecho. Toda la estructura del Mercado Común Centroamericano está al borde de la desintegración. El trasiego de instrumentos de guerra y la concesión de ayuda militar y económica para mantener regímenes militares y oligarquías establecidas han fomentado una corrupción desenfrenada. Hay regiones agrícolas que han sido devastadas por completo e infraestructuras enteras que han sufrido graves daños. El sufrimiento que todo esto ha causado al pueblo ha adquirido proporciones angustiosas.

Las condiciones innegables de opresión y la lucha del pueblo han conducido a que se den procesos de democratización,

limitados a sustituir regímenes militares por gobiernos civiles con poco poder efectivo. Los militares son los verdaderos árbitros del poder político.

Esta situación conduce a la desilusión popular en lo que respecta a la democracia y constituye una poderosa tentación para los gobernantes civiles de suplir su falta de poder con el saqueo de los recursos públicos. La reciente deslegitimación del proceso democrático ha tenido secuelas que se tornan cada vez más alarmantes.

En el campo de la cultura, nuestros países se encuentran cada vez más polarizados por la opción entre la liberación nacional y la sumisión nacional. Sin embargo una gran mayoría de la población situada entre estos dos polos se ha vuelto indiferente por el sufrimiento, silenciosa por el temor, escéptica por la desilusión o tan absorbida por la tarea diaria de sobrevivir que ésta constituye su única preocupación. El carácter religioso de nuestro pueblo se ha convertido asimismo en un terreno con significados que compiten entre sí, y un teatro en el que se disputan las mentes y los corazones de las masas. Ha habido una campaña en contra del movimiento de la Teología de la Liberación y de las Comunidades Eclesiales de Base, representándolas como una Iglesia Popular satanizada por una infiltración de organizaciones revolucionarias, que pretenden socavar la verdadera Iglesia. Se han gastado grandes sumas de dinero y diseñado campañas masivas para propagar sectas fundamentalistas, tenazmente opuestas a toda proyección social y política del Evangelio. Por último, la guerra ha desatado un proceso de deshumanización, cuyas consecuencias han sido terribles para el espíritu del pueblo.

Sin embargo, a través de todo este proceso, Centro América ha llegado a ser diferente. Ha surgido un nuevo sentido de participación. Muchas organizaciones sociales de campesinos, obreros, grupos étnicos, comunidades religiosas, habitantes de barrios marginados, profesionales e intelectuales, jóvenes, mujeres, etc., se han articulado más o menos estrechamente en movimientos políticos revolucionarios, para conformar un nuevo sujeto histórico centroamericano, un nuevo actor colectivo en el escenario centroamericano. Este nuevo actor colectivo obtuvo un triunfo en Nicaragua en 1979 y se ha convertido en un modelo y en una esperanza para sus contrapartes en

otros países centroamericanos y aun entre grandes sectores de la población latinoamericana. Su victoria política no es inevitable en todos nuestros países. Sin embargo, se puede afirmar con certeza, que se ha convertido en una fuerza con la que hay que contar y que el futuro de Centro América no podría ser el mismo si ese actor no se hubiera consolidado. Las semillas de un cambio profundo han desarrollado vigorosas raíces, y nuevas realidades están despuntando en el terreno fértil de la dignidad del pueblo.

2. Las posibilidades proféticas de la Iglesia en Centro América

Enfrentada a esta situación, a la Iglesia centroamericana no le faltan posibilidades proféticas. Por otro lado, el sentimiento general de la Iglesia Católica no parece propiciar posiciones proféticas como lo hizo en los años 1968 y 1969. En cierto sentido, la profecía como posibilidad, no sólo va en sentido contrario al sentir de la sociedad establecida, sino también a las corrientes que prevalecen en la Iglesia universal, las cuales han influenciado profundamente el desarrollo de la Iglesia centroamericana. En Centro América no contamos hoy día con un obispo que tenga la firmeza evangélica del Arzobispo Romero en su apoyo a los pobres. Es por demás significativo que los gestos más sobresalientes de apoyo a los pobres que luchan por la justicia han provenido de otros obispos latinoamericanos, como el Cardenal Arns de São Paulo, el obispo Casaldáliga de São Félix do Araguaia y el obispo Méndez Arceo, hasta hace unos años obispo de Cuernavaca. También ha sido extraordinaria la tenaz defensa de los refugiados guatemaltecos que ha desplegado el obispo Samuel Ruiz de San Cristóbal de Las Casas en Chiapas. Entre nuestros obispos ha habido una notable protección a los refugiados salvadoreños en Honduras por parte del obispo Luis Santos de Santa Rosa de Copán, y una firme entrega a la promoción de una evangelización liberadora de los campesinos y de los indígenas por parte del obispo Carlos Ariz de Colón en Panamá. El Arzobispo Rivera y Damas de San Salvador se ha mantenido constantemente dispuesto a mediar entre las partes en conflicto de su país, lo cual, por supuesto, ha causado gran molestia entre los militares y la oligarquía.

Sin embargo, el tomar el lado del pobre y discernir entre sus proyectos políticos y los proyectos de la sociedad establecida, tan fuertemente apoyada por el poderío militar y económico de los Estados Unidos, continúa siendo una posibilidad profética abierta a la Iglesia. El Arzobispo Romero era profundamente consciente de que las Bienaventuranzas comprometían a la Iglesia a padecer el hambre y sed de justicia de los pobres, lo que demanda una imaginación cristiana audaz: la Iglesia debe buscar canales históricos para acercarse a la realización de la justicia en la tierra. Ver el futuro como la promesa de Dios de colmar las aspiraciones de este nuevo actor colectivo en la historia contemporánea de Centro América, de quien hablábamos antes, es una posibilidad profética para la Iglesia centroamericana.

Hoy vemos en Centro América el surgimiento de un nuevo proyecto de sociedad. Como decía antes, nuestra región no es ya una región adormecida por el sopor de la sumisión como hace algunas décadas. La erupción de un nuevo designio social en Nicaragua ha catalizado las esperanzas y las energías de nuestros pueblos. Hay una voluntad real de construir nuestra sociedad con nuevos cimientos, de acuerdo a una lógica que intenta responder a las necesidades básicas de nuestras mayorías pobres. La economía mixta, el pluralismo político, el no alineamiento internacional y la democracia participativa se han convertido en los cuatro pilares de este nuevo modelo. En el corazón de este modelo, sin embargo, se sitúa la nueva dignidad alcanzada por la nación como tal y por la gran mayoría de su pueblo. Nicaragua no carece de recursos materiales, especialmente en el campo de la agricultura, pero sí carece de hábitos de aprendizaje, de capacidad administrativa y de los conocimientos técnicos necesarios para incrementar la productividad de esos recursos. Los logros materiales constituyen todavía la promesa de un futuro distante. Como compensación de esta realidad, el pueblo de Nicaragua se ha enriquecido de dignidad, de respeto por sí mismo, de igualdad entre todos. Todo lo que podía lograrse se ha logrado en gran medida.

La Iglesia enfrenta el reto de convertirse en fermento en el corazón de este nuevo proceso. En el siglo XX siempre se ha dado la sospecha de que las revoluciones son de carácter totalitario y ateo. La influencia del prototipo soviético se

ha magnificado hasta el punto de haber convertido el espectro del totalitarismo y ateísmo militante en una especie de "dios" maniqueo, poseedor de capacidades casi omnipotentes para derrocar todo movimiento en pro de una justicia que a su vez sea compatible con la libertad y con la fuerza activa de la fe cristiana. Para sobreponerse a este temor, casi insuperable, de que las revoluciones tienen que resultar en una opresión aún mayor que la que se deseaba abolir, es necesario proclamar nuestra fe cristiana en el poder del Espíritu que actúa en la historia e inspira a los pueblos a tener el valor de aquella fe que trasciende el espíritu de este mundo. La esperanza de una nueva sociedad debe ser mayor que el miedo a una renovada frustración de esa esperanza. La imaginación cristiana debe encontrar modos de ser al mismo tiempo vigilante en contra de toda desviación real del nuevo movimiento revolucionario y preparada para apoyar todos sus logros. La clave de esta posibilidad profética yace en la actitud de misericordia del pueblo de las Bienaventuranzas. Tener misericordia es una actitud de encarnación que implica sumirse en el polvo del que el pueblo trata de levantarse, ayudarlo a ponerse de pie y unirse a la lucha común de este pueblo para heredar la tierra. Esta posibilidad profética de la Iglesia debe darse desde una absoluta lealtad al Dios de las esperanzas de los pobres. De esa manera la buena nueva, la verdadera evangelización llegará al corazón de lo nuevo que está naciendo en Centro América y la mantendrá abierta a la fortaleza de Dios y al excedente de santidad radical necesaria para el pueblo que lucha por recrear la justicia y la hermandad.

En las condiciones actuales de guerra que alejan cada vez más a la población del florecimiento de la vida, una tercera posibilidad profética para nuestra Iglesia es la opción incondicional por la vida. Aquí en los Estados Unidos, ustedes viven una lucha por la vida como una lucha para combatir el cáncer, las enfermedades del corazón, la locura de la muerte por accidente, etc. En un sentido más profundo, ustedes luchan por encontrarle significado a la vida en una sociedad de abundancia. Las drogas o el SIDA se han convertido así en una inesperada y terrible faz moderna de las plagas. Asimismo, existe una gran pobreza escondida, que conduce a la muerte.

En Centro América, vivimos bajo la amenaza constante

a la vida. La vida, la mediación fundamental de la bondad de Dios, es terriblemente precaria entre nosotros. Además, la amenaza de la aniquilación que este mundo nuclear representa para ustedes no es una amenaza sino una terrible realidad para miles de gentes asoladas por la guerra. La posibilidad profética de nuestra Iglesia en este campo fundamental debe dirigirse al tema de la paz. Debemos proclamar que no hay intereses geo-estratégicos de los Estados Unidos en Centro América que justifiquen el financiamiento de la muerte de los pobres a través del mantenimiento de la contrainsurgencia o de la guerra contrarrevolucionaria. El clamor por la paz debe hacerse oír por medio de nuestros profetas de la Iglesia. Nuestros pueblos merecen la oportunidad pacífica de abrirse un nuevo camino, y aplicar sus escasos recursos a la promoción de la vida y no a la defensa armada de su libertad en peligro. En la búsqueda de la paz es posible también ser presa de la ingenuidad. Sin embargo, nuestros movimientos revolucionarios han demostrado suficientemente su amor por la dignidad humana de manera que no debe temerse que, de tener una oportunidad pacífica de llevar a cabo sus proyectos para una nueva sociedad, se conviertan en asesinos fanáticos de sus conciudadanos. Numerosas organizaciones de Derechos Humanos han atestiguado que la tortura no forma parte de una política oficial en Nicaragua, que no hay asesinatos políticos de opositores al gobierno, que el sistema carcelario es humano y está basado en el perdón y la rehabilitación.

Para lograr la paz en Centro América, tiene que garantizarse una medida de justicia. La ausencia de esta justicia es la causa principal de crueles conflictos endémicos en nuestros países. Estos conflictos no están ni siquiera cercanos a su fin. Bajo estas circunstancias, las posibilidades proféticas de la Iglesia yacen en la demanda de humanización del conflicto. La Iglesia puede y debe exigir que las partes en conflictos se rijan por las Convenciones de Ginebra que regulan la guerra. Las misiones indiscriminadas en contra de civiles no combatientes tienen que ser expuestas y denunciadas. El amontonamiento de gente en cualquier tipo de campos de concentración no puede justificarse. La satanización del enemigo debe ser combatida. Debe facilitarse el cuidado apropiado de los heridos y lisiados. Debe haber acuerdos para el intercambio de prisioneros. Hay tantas posibilidades

para un ministerio profético de la Iglesia; entre ellas -tal vez la más importante- la denuncia de toda una política de adormecimiento de los pueblos por medio del uso del terror.

Para que se logre la paz es necesario que haya diálogo y negociaciones. Actualmente en Centro América, las negociaciones de paz no prosperan porque cada parte en conflicto está empeñada en una solución militar. La Iglesia puede ejercitar su ministerio profético tratando de convertirse en un mediador digno de crédito, para que tales negociaciones lleven a la paz. La Iglesia, al renunciar a sus propios intereses, excepto el interés por la paz, y en justa apreciación de los intereses de las partes en conflicto, podría convertirse en ese mediador confiable, necesario para que las negociaciones avancen.

También se daña a la vida en la forma de miles de refugiados y desplazados, que son consecuencia de la reubicación forzada por algunos regímenes para poder llevar a cabo la guerra más libremente, de los bombardeos indiscriminados a los civiles, de la huida de los reclutamientos forzosos que hace el ejército, del ambiente insoportable de terror. Los desplazados, los que no tienen hogar, se encuentran sujetos comúnmente a la sospecha y al hostigamiento. La Iglesia a menudo ha ejercitado el ministerio de cuidar de estos refugiados. Las posibilidades proféticas también están abiertas en este campo, principalmente al considerar a los refugiados como hijos privilegiados de Dios y apoyar su derecho a retornar a sus lugares de origen, y a repoblar y a construir sus comunidades destruidas. También existe la posibilidad de mantener una presencia oficial de la Iglesia entre los desplazados en las zonas de guerra; esto es verdaderamente profético porque la Iglesia debe sobreponerse al temor de ser catalogada como una ayuda a la subversión y debe estar pronta a pasar por todos los sufrimientos y riesgos que enfrenta esta población permanentemente amenazada.

La Iglesia en Centro América tiene una cuarta posibilidad de ejercer un ministerio profético. Debe apelar constantemente a la solidaridad internacional con los pobres que luchan en Centro América, con la justicia de su causa, con el apoyo a la consecución de la paz y con el alivio de los que sufren.

Este llamado a la solidaridad es verdaderamente profético, porque debe superar para ello la tranquilidad etno-céntrica de aquéllos cuyas necesidades fundamentales están satisfechas, cuya hambre se sacia diariamente. Debe también superar los prejuicios normales de otras iglesias con problemas que son serios, pero no tan serios como la cuestión de vida o muerte de los pobres de Centro América.

Este llamado a la solidaridad es profético porque orienta a los pueblos de otras naciones e iglesias a poner en práctica los signos de su fe en el Dios de la vida, en contra de la absolutización de los ídolos del bienestar; a poner en práctica los signos de esperanza en contra de la aparente desesperanza de aquéllos a los que se les ha privado de futuro; a adelantar los signos de un amor práctico hacia los pobres y a no cerrar sus oídos a la cuestión de Dios para nuestros hermanos de sangre. Este llamado a la solidaridad es profético finalmente porque permite a otros pueblos e Iglesias recibir la salvación e iluminación por medio de la fuerza redentora de este actual "siervo de Yahvé", cuya muerte es el resultado injusto de su humilde esfuerzo por convertirse en liberador.

3. La vida y la muerte desde la perspectiva de la fe

Al final de esta exposición, les recuerdo que las condiciones en Centro América están empeorando. Se ha redescubierto que la pobreza es muy difícil de erradicar. La última década no ha producido ni un solo proyecto imaginativo para corregir el desequilibrio entre el pueblo empobrecido y el pueblo enriquecido de este mundo. La estigmatización de los esfuerzos revolucionarios honestos han hecho que los intentos de una nueva redistribución de sus recursos internos sea muy difícil. Se ha sembrado el terror, y el ambiente de temor se ha convertido en la cosecha de muchos de nuestros ciudadanos. Las expectativas que trajo una revolución genuina como la de Nicaragua, se han visto amenazadas por la frustración a causa de la intransigente posición de la Administración Reagan, y también, en alguna medida, por los errores e incluso, pecados cometidos por la propia revolución. El futuro de Centro América puede preverse como más difícil aún para el pueblo.

Creemos en la justa lucha por la liberación de nuestros

pueblos en Centro América. Somos testigos del vigor de su fe religiosa y de la tremenda motivación que la fe ha supuesto en la lucha. Enfrentados con un período de guerra prolongada, de agravamiento del sufrimiento de nuestros pueblos, de tentación contra la esperanza, creemos en la oración por una firme fidelidad a la causa de los pobres en Centro América. El escepticismo y la resignación, la fatiga frente a las dificultades que confronta el logro de la paz y el respeto por nuestros pueblos tratan de arrebatarlos nuestras esperanzas.

Sin embargo, hay esperanza. La esperanza cristiana vive del discernimiento de los signos de la historia. La reciente revelación de las descaminadas políticas de la Administración Reagan, haciendo caso omiso de sus propios principios, el financiamiento ilegal a los contrarrevolucionarios nicaragüenses con fondos provenientes de terroristas y traficantes de drogas, el rechazo de la mayoría del pueblo estadounidense a ver a nuestros países y sus movimientos revolucionarios como una amenaza para la verdadera seguridad de los Estados Unidos, los interpretamos como motivos de esperanza. Nos espera un largo trayecto antes de que veamos la elaboración de una política justa de los Estados Unidos hacia Centro América. Tienen que delinearse caminos alternativos. El solo hecho de que ustedes me hayan llamado para hablarles en esta respetable Universidad, constituye en sí misma una señal de que ven necesario encontrar alternativas.

Conocemos nuestra pequeñez. Sabemos que el mundo está lleno de crisis, y que nosotros somos solamente uno de los lugares de conflicto en el teatro internacional. Pero la postura profética de nuestra Iglesia en el pasado reciente y las posibilidades proféticas de nuestra Iglesia para el futuro no reciben su fuerza de poder alguno que tengan nuestros pueblos. Esas posturas proféticas son importantes porque representan el clamor de un pueblo que es pequeño y débil a los ojos del mundo.

A este pueblo habría que aplicar las palabras de Nuestra Señora, las palabras proféticas de María: "Dios saciará a los hambrientos y despedirá a los satisfechos con las manos vacías". Mi esperanza es que ustedes crean en las palabras del Arzobispo Romero, pronunciadas en la Universidad de Lovaina: "La vida

del pobre es la gloria de Dios" y al creerlo así y al actuar congruentemente con esa fe, serán conducidos a ver a Dios y experimentarlo en la vida de aquellos que aspiran a vivir en este mundo como hermanos.

NOTA:

Después de presentado este trabajo, las posibilidades proféticas para la Iglesia centroamericana se han hecho todavía mayores. El 7 de agosto de 1987 en Guatemala los Presidentes de la región firmaron un acuerdo para conseguir una paz firme y duradera, es el llamado milagro de Esquipulas II.

Contra toda esperanza se firmó ese acuerdo. No es este el lugar para discutir el contenido, posibilidades, dificultades... que este documento puede tener. Unicamente quiero insistir en las posibilidades que abre a la Iglesia. Pienso que la Iglesia queda en un sitio privilegiado para influenciar el proceso de paz. En cada uno de los países se ha formado una Comisión Nacional de Reconciliación, integrada por cuatro miembros propietarios y sus suplentes. Uno de estos miembros en cada comisión es un Señor Obispo. Conociendo la disciplina y el rigor con que la Iglesia puede operar, este hecho puede prestarse a una serie de acciones de alcance profético en la construcción de la paz. Sólo quiero señalar algunos posibles ejemplos de tales acciones: toda una campaña continua de oración a nivel centroamericano por la paz; ¿quién puede estar en contra de tocar por la oración el corazón de Dios? Pudieran los Señores Obispos escribir una carta pastoral, a nivel centroamericano, sobre el plan de paz, sobre la contribución que desde el Evangelio puede hacerse al plan de paz.

No hay institución en nuestras sociedades que tenga el peso moral que tiene la Iglesia. Podrá programarse una serie

Continúa en la página 416

Viene de la página 387

de semanas o días de reflexión por la paz, dirigidas por la Iglesia; con otras Iglesias pueden organizarse campañas ecuménicas en favor de la paz.

Estas acciones con facilidad pueden encontrar eco en la Iglesia Católica de otros países de suerte que es posible una acción de grandes dimensiones. Hay que aprovechar los movimientos apostólicos de los laicos y la vitalidad de la vida religiosa para fortalecer el movimiento en favor de la paz en el área centroamericana. También hay eclesiásticos integrando las comisiones regionales o locales de reconciliación, es posible la organización de acciones eclesiales a niveles regionales o locales.

Estas son algunas de las posibilidades que ha abierto a la Iglesia el milagro de Esquipulas II.